



El espíritu de la
ESPADA
VOL. I *El libro del dragón*

JESÚS MARTÍN GARCÍA





A mis pequeños amigos
de la Escolanía de la Santa
Cruz del Valle de los Caídos,
y a los chicos del Club Deportivo
Arcángel, con quienes la pasión
por el fútbol adquiere un nuevo
significado cada fin de semana.
A todos ellos, por su confianza
y amistad.



LA EDAD DE LOS DRAGONES

El anciano Élendor se sentó en el suelo de la amplia plaza, mirando fijamente a los jóvenes que se habían agrupado a su alrededor esperando oír alguna de sus maravillosas historias. Muchos de los relatos que contaba estaban inspirados en antiguos héroes que habían vivido años atrás en las Tierras Antiguas, antes de la formación de los cuatro grandes reinos.

En esta ocasión, su historia trataba sobre los inicios de la gran guerra entre los humanos y los dragones, el acontecimiento más importante y trágico que había tenido lugar durante la Primera Edad de los hombres.

Y es que sólo aquel viejo de aspecto descuidado y casi andrajoso conocía la mayoría de las hazañas que se habían llevado a cabo en los tiempos más oscuros que precedieron a la llegada de los hombres.

Élendor se acarició suavemente sus largas barbas y empezó a hablar.

—Voy a contaros cómo las Tierras Antiguas, antaño habitadas por los grandes dragones, llegaron a convertirse en lo que ahora conocemos como los Cuatro Reinos.

Los alumnos abrieron bien los ojos, concentrando así todos sus sentidos, deseosos de escuchar una nueva aventura. Sin embargo, antes de que pudiera comenzar su relato, se escucharon unas voces.

—Mirad, el viejo loco. Seguro que empieza a contar otra de sus estúpidas y falsas historias. Alejaos de él antes de que os envenene la mente.

Aquellas palabras provenían del otro lado de la plaza, donde un par de individuos paseaban lentamente, mirando a quien ellos consideraban un



pobre mendigo que se ganaba la vida con sus mentiras.

Siempre había quien se reía de los cuentos de Élendor, pues eran muchos los que le tomaban por un lunático que se inventaba anécdotas para llamar la atención y que alguien le echara unas monedas o le diera algo de comer.

El anciano siempre vestía con extraños ropajes de color grisáceo, manchados y rotos, en los que se perdía su blanca barba y su largo pelo. A pesar de sus vestiduras y de su aspecto harapiento, su bondadoso rostro y su forma de hablar hacían que siempre hubiera alguien dispuesto a escuchar sus fantásticos relatos. Sus ojos marrones se ocultaban entre numerosas y pequeñas arrugas, y su fija mirada se posaba sobre cada uno de sus oyentes, mientras acompañaba todo lo que decía con ostensibles movimientos con las manos, que dotaban a sus historias de una mayor fuerza y las hacían aún más impresionantes.

Lo que nadie sabía era que la mayoría de las anécdotas que contaba Élendor estaban basadas en acontecimientos que habían tenido lugar hace cientos de años, en los muchos lugares que había atravesado en sus viajes por los reinos. El *Viajero*, como algunos le llamaban, era la persona que mejor conocía cada uno de los rincones más escondidos y perdidos entre bosques y montañas. Sus pasos le habían conducido a lugares completamente desconocidos para los hombres del Norte, y a descubrir criaturas que nadie hubiera imaginado nunca.

Pero, en muchas ocasiones, los ciudadanos no valoraban sus conocimientos y experiencia. Muchos de ellos estaban convencidos de que el anciano había perdido el juicio en alguna de sus aventuras.

El 'viejo loco' no hacía caso de las burlas y críticas que le hacían por las calles o en la plaza. Aunque, cuando se encontraba solo, en medio de la noche, bajo la única luz de la luna y las estrellas, se entristecía e incluso lloraba, recordando que hubo un tiempo en el que era respetado y querido por todos, un tiempo en el que los antepasados que habían habitado Crossos, la capital de Northam, le habían tenido por uno de sus más importantes líderes.

Ignorando el insulto que todos acababan de escuchar, Élendor se dispuso a comenzar su relato, interrumpido constantemente por las preguntas de los niños más pequeños y curiosos. Sabía que prácticamente nadie iba a creerle, como ocurría a menudo. «*Una historia entretenida*», comentaban muchos al terminar de oír sus palabras, mientras se alejaban de la pla-

za. Pero para ellos sólo eran cuentos, fantasías del anciano, que al menos mantenía entretenidos durante algún tiempo a aquellos transeúntes que en ocasiones le recompensaban con unas monedas.

—Los primeros documentos conocidos por el hombre se guardaron en las grandes ciudades, y trataban sobre historias de dragones. Eran letras escritas en el lenguaje propio de los antiguos magos que habían llegado desde tierras muy lejanas. Todos estos pergaminos se fueron acumulando hasta formar lo que se conoció como el '*Libro del dragón*', en el que quedó fielmente descrita una gran mayoría de las criaturas que descendían del dragón dorado, considerado como el origen de todas ellas. No se trataba sólo de simples historias. Aquellos manuscritos recogían todo el conocimiento que se podía llegar a almacenar sobre los dominadores de las Tierras Antiguas en sus primeros tiempos, que fueron denominados 'la Edad de los Dragones', y constituían los años anteriores a la aparición de los hombres, que vinieron procedentes de algún lugar desconocido.

»Los antiguos hechiceros habían guardado el libro en una sala secreta cuya ubicación sólo era conocida por algunos de ellos. Estaban convencidos de que todo este saber constituía un arma poderosa que el hombre ambicionaría, y eso pondría en peligro a todas las criaturas. El lenguaje de los textos era realmente difícil de descifrar, pero si algún humano consiguiera hacerlo, podría llegar a tener el dominio sobre todos los dragones, y formar con ellos el mayor y más poderoso ejército que jamás hubiera existido. Bueno, todos los dragones excepto uno. El gran dragón dorado era inmune a cualquier tipo de hechizo, lo que le convertía en un ser casi invulnerable.

»Aquel temor por parte de los hechiceros hizo que el '*Libro del dragón*' fuera cuidadosamente ocultado. Mientras los hombres no supieran de su existencia, podrían estar tranquilos.

—¿Aquel libro tenía poderes?

—Ciertamente, los manuscritos desvelaban muchos de los grandes poderes y dones curativos que poseían los diferentes tipos de dragones, además de peligrosos hechizos que, utilizados de forma inadecuada, tendrían consecuencias fatales. Sin duda, sería casi imposible para el hombre utilizar aquella fuente de sabiduría sin pensar en sus ambiciones de poder y dominio sobre todo ser viviente.

—¿Cómo era el libro?

—Según ha quedado reflejado en los pergaminos sobre la historia de



nuestro pueblo, era un libro cerrado que sólo podía abrirse con un antiguo conjuro. Muy pocos estaban dotados de la sabiduría necesaria para acceder a los textos que guardaba.

—¿Conoces alguna historia de la Edad de los Dragones?

—Creo que no me equivoco si os digo que nadie conoce algo sobre esa edad, antes de la llegada de los hombres. Lo único que sabemos es que había un buen número de criaturas, de diferentes tamaños, aspectos y caracteres. Estoy seguro de que fue una era salvaje en la que las bestias lucharon entre ellas por dominar las Tierras Antiguas. Pero sólo son creencias mías. Ahora voy a hablaros de algo mucho más reciente, aunque muy alejado en el tiempo: el comienzo de la gran batalla que tuvo lugar en la edad posterior a la de los dragones, y que marcaría el destino de los hombres y de nuestros reinos. Escuchadme atentamente.

Los pequeños alumnos terminaron de acomodarse, estirando bien las piernas en el suelo para prestar atención a su maestro, que se disponía a contarles una historia que durante años se había transmitido entre los habitantes de los reinos.

—Mucho tiempo ha pasado desde que los humanos y los dragones dejaron de convivir en paz y armonía. Sólo los hechiceros más ancianos recuerdan los hechos ocurridos en la Primera Edad de los hombres, y que cambiarían por completo el mapa de las Tierras Antiguas. Fueron muy pocos los que sobrevivieron para transmitir la trágica historia de Zorac, más conocido como el *Rey bueno*. Él fue el primer gobernante en pisar estas tierras, antes de la formación de los Cuatro Reinos. Con su llegada, se creó un código que serviría de guía en la relación entre hombres y dragones. Aquellas criaturas aceptaron someterse al '*Código de Zorac*', el conjunto de leyes que regirían el destino de todos: hombres, enanos, dragones..., y que mantendrían la paz y el orden en toda la tierra. Y así fue durante muchos años. El rey era querido y respetado por todos, pues además descendía de antiguos magos y estaba dotado de grandes poderes, que utilizaba sabiamente. Con la llegada de Zorac a las Tierras Antiguas, terminaba la Edad de los Dragones y comenzaba la Primera Edad de los hombres, una edad marcada por el pacto entre el *Rey bueno* y el gran dragón dorado, en la cima del monte Abantiem.

—¿Cómo eran los dragones dorados? —preguntó un niño que estaba sentado al lado derecho del anciano. Éste, sonriendo al contemplar la expresión del rostro del chiquillo, empezó a describirlo detalladamente.

—El dragón dorado era una criatura que se caracterizaba por su tama-

ño y hermosura, aunque os resulte extraño pensar que un dragón pueda ser hermoso. Tenía la piel cubierta de pequeñas y amarillentas escamas. Sus grandes ojos verdes brillaban en la oscuridad como antorchas en medio de la noche. Sus enormes alas y sus afiladas garras le convertían en el ser más poderoso de tierra y aire. Tenía un cerebro casi perfecto, que le daba una inteligencia muy superior a la de los humanos.

—¿Y podían hablar con los hombres?

—Sólo los más sabios podían comunicarse con los dragones, a través de la mente. Los pensamientos se transmitían de unos a otros en un lenguaje secreto no entendible por el resto de mortales. Había muchas clases de dragones, algunos de ellos salvajes y temibles, como los dragones negros; otros más pequeños, como las serpientes aladas, otros con cuernos...

—¿Y echaban fuego por la boca? —volvió a preguntar el niño.

—Sólo el dragón dorado podía hacer eso.

—¿Qué pasó después con los dragones?

Élendor hizo una señal con la mano al joven que le acababa de preguntar. Todavía tenía que contarles más hechos antes de poder responderle.

—Con el Pacto de Abantiem quedaba sellada una alianza de defensa entre hombres y dragones, que debería perdurar durante la existencia de ambas especies. Para inmortalizar esta alianza se creó una gran espada, hecha con material extraído de las minas de los enanos, forjada con el fuego del gran Dragón. El rey Zorac empuñaría esta poderosa arma, utilizándola únicamente para la defensa de su pueblo. Durante muchos años, la espada de Abantiem sería testigo de la voluntad de paz en las Tierras Antiguas. Sin embargo, un inesperado suceso tornaría aquella paz en una terrible guerra entre hombres y dragones, y daría paso a unos años de enfrentamientos y muertes.

—¿Quiénes murieron?

—¿Mataron a todos los dragones?

El anciano, ignorando aquellas preguntas, sacó de la túnica su vieja pipa y la encendió cuidadosamente. Muy pronto, un suave olor a fresas empezó a envolver el ambiente mientras Élendor continuaba su historia.

—Un día, el mayor de los cinco hijos de Zorac, el príncipe Thandor, volaba montado sobre el gran Dragón, esquivando las montañas más altas de los alrededores de la fortaleza. Era una mañana fría en la que la niebla se expandía hasta alcanzar los bosques más cercanos a la muralla de la ciudad.

De repente, en un desgraciado giro, una de las alas del dragón chocó con las ramas de uno de los árboles situados en lo más alto de aquellas montañas, lo cual le hizo caer lentamente. Cuando Thandor abrió los ojos, contempló con estupor la enorme herida del dragón, de la que emanaba una espesa sangre de color anaranjado. Pronto empezó a notar un suave y dulce olor, que provenía de aquel extraño líquido. Instintivamente, tocó la herida con uno de sus dedos. Luego, se lo llevó a la boca. Nada más probar la sangre del dragón sintió cómo sus sentidos se agudizaban y su fuerza e inteligencia aumentaban. La sangre del dragón contenía increíbles propiedades y extraños poderes.

—¿Se convirtió en un dragón? —preguntó uno de los jóvenes.

—No, pero, durante varios meses, el joven príncipe mantuvo estos extraños cambios en su interior y mantuvo en secreto el descubrimiento que había hecho.

—¿Y qué ocurrió con el gran Dragón?

—No murió. Sin embargo, nadie se percató de lo que estaba a punto de suceder.

Por un momento, se hizo el silencio entre todos los que escuchaban atónitos las palabras del viejo maestro, que parecía orgulloso de que su historia estuviera causando tanto interés.

Pronto, uno de aquellos chavales curiosos hizo otra pregunta.

—¿Qué pasó después con Thandor?

—El príncipe ya no volvió a ser el mismo de antes, pues si la sangre del dragón le había otorgado muchos beneficios, también había hecho crecer en él las ansias de poder. Sus virtudes se habían visto aumentadas, pero, por desgracia, sus defectos también. Y, finalmente, su lado más oscuro y perverso se apoderó de él, le hizo olvidar la bondad que había heredado de su padre y le convirtió en un ser lleno de malvadas ambiciones. Pronto se dio cuenta de que el mayor don que otorgaba la sangre del dragón dorado a aquel que la bebía, era la inmortalidad. Esta criatura tenía un poder único. No moría por causa del tiempo, como nos pasa a nosotros. Sólo podía perecer si alguien lo mataba. Y así sucedería con cualquier criatura que bebiera su sangre. De modo que el príncipe Thandor se volvió inmune al paso del tiempo, cada vez se sentía más fuerte.

» Cercano ya el momento de determinar qué pasaría con las tierras cuando muriera el rey, para evitar que fueran divididas entre todos sus hermanos, Thandor utilizó todo su conocimiento para encontrar el '*Libro del dragón*'.

que le daría el poder suficiente como para convertirse en el rey único.

»Un día, siguiendo a uno de los magos que lo custodiaban, llegó hasta la cámara secreta donde se guardaba. Mató a sus guardianes, robó el libro y dedicó posteriormente todos sus esfuerzos a abrirlo.

—¿Lo consiguió?

—Por desgracia, sí. Afortunadamente, no llegó a descifrar todos los hechizos, pero su poder había aumentado cada día más. Entonces, una única obsesión se apoderó de su mente: matar al gran dragón dorado, pues acabando con él se convertiría en el único amo y señor de las Tierras Antiguas. Con el gran Libro en su poder dominaría a todos los dragones y sometería a todas las criaturas. Y fue así como tuvo lugar la gran guerra entre hombres y dragones. Thandor, comandando un ejército de hombres y bestias, se enfrentó a sus hermanos, al dragón dorado y a todos aquellos que apoyaban al *Rey bueno*. Zorac no tuvo más remedio que salir en busca de su hijo, empuñando el arma que debía seguir defendiendo a sus súbditos y aliados. La espada Abantiem era lo único que podría detener al cruel príncipe. En medio de la batalla, en lo más alto de la ciudad, quizá en este lugar donde estamos ahora, el dragón dorado se enfrentó a Thandor, que montaba sobre una increíble criatura. Era un monstruo con siete cabezas de serpiente, repleto de escamas y con grandes ojos rojos. Seguramente, aquella bestia había salido de alguno de los conjuros del Libro. El dragón, con todas sus energías, lanzó un río de fuego contra su rival. Sin embargo, la criatura de Thandor, esquivando las llamas, le hizo caer al suelo de un fuerte zarpazo. Antes de que pudiera levantarse, la espada de Thandor se clavó sobre su piel y llegó hasta su corazón. Cuando el *Rey bueno* llegó hasta allí ya era demasiado tarde. Sus ojos contemplaron con horror cómo el gran Dragón se desangraba ante él.

De repente, un estruendo empezó a oírse cada vez más cercano. Ante la atenta mirada de Élendor y sus alumnos, por el lado sur de la plaza apareció un buen número de hombres montados a caballo, cuyas herraduras golpeaban contra el adoquinado, haciendo un molesto ruido. Eran cerca de veinte caballeros, vestidos con extrañas armaduras doradas y uniformes de color azulado, con un escudo en el que aparecía un león.

—¿Quiénes son? —preguntó un joven.

—Son los caballeros del Este, con el emblema del león, símbolo de su fuerza. Los hombres de Estham tienen fama de ser valientes y orgullosos. Observad sus pesadas armaduras y sus grandes espadas.

—¿Y qué están haciendo aquí? —insistió el joven.

«*Eso es lo que me gustaría saber*», pensó Élendor. Seguramente, aquélla era la primera vez que esos niños y jóvenes veían a un hombre del Este.

—¡Mirad! —dijo uno de los chicos, señalando a los caballos con entusiasmo—. Son herlais.

Todos miraron con detenimiento a los maravillosos animales que montaban los extraños caballeros. Casi todos mantenían el mismo ritmo, avanzando con vistosos movimientos propios de unas criaturas especiales. Sus ojos brillantes estaban fijos al frente, hacia el lugar donde se dirigían, y las lisas crines que bajaban desde su cabeza se movían suavemente, mientras sus jinetes, con rostro serio, recorrían con la mirada a todos aquellos con los que se cruzaban a su paso.

—Exacto —respondió el anciano, levantándose lentamente mientras veía cómo aquellos guerreros venidos de tierras lejanas se perdían por el otro extremo de la plaza.

—Los caballos más rápidos y nobles que jamás han existido. Hace mucho tiempo estuvieron al servicio de los grandes reyes. Una raza de increíbles animales, dotados de extraordinarios sentidos. Siempre han sido considerados como los corceles más fieles a sus jinetes, permanecen a su lado incluso hasta la muerte. No se conoce de ningún herlai que haya abandonado a su amo en un campo de batalla. Son muy pocos los que quedan y, si no me equivoco, todos están en las tierras del Este.

La aparición de aquellos caballeros dejó preocupado a Élendor, pues no era muy normal que los hombres de Estham se adentraran en el reino del Norte, y más desde el último distanciamiento entre los gobernantes de ambos reinos.

Cuando los hombres del Este se perdieron en el otro extremo, el anciano contempló el cielo, envuelto entre enormes nubes negras que ensombrecían la ciudad. Una ráfaga de aire le hizo colocarse la capucha de su túnica, lo que ocultó una buena parte de su rostro. «*Oscuros presagios traen consigo los caballeros del Este*», pensó mientras intentaba descubrir un motivo para su improvisada visita.

Muchos de los que habían acudido a oír al anciano empezaron a abandonar la plaza. La noche no tardaría en llegar. Algunos de ellos vivían a las afueras de la ciudad, y no era bueno para los niños caminar solos por sus calles en medio de la oscuridad. Pese a que Crossos era una ciudad segura, en más de una ocasión se había producido algún desgraciado incidente en

la soledad de la noche.

Finalmente, los únicos que permanecieron junto a Élendor, esperando oír algo más, fueron los hermanos Dogrian, hijos de Heveas, el mejor herrero que había conocido Northam, un gran guerrero que murió por defender a su pueblo.

La estatua de Heveas era una de las primeras que presidían la entrada norte de la plaza.

Al igual que su padre, los tres jóvenes tenían un corazón noble y entregado a los ideales que Élendor les había inculcado desde pequeños.

Arthuriem, Yunma y Gorgian habían quedado huérfanos cuando todavía eran unos niños. Desde la muerte de Heveas, Élendor se hizo cargo de ellos y comenzó a ser su 'maestro'. Los chicos, que apenas pasaban de los dieciocho años, habían asumido de buen grado convertirse en los ahijados del anciano, que los quería con locura. No había un solo día que no permaneciera con ellos al menos un par de horas. Para él, cuidar y proteger a los Dogrian sería su principal objetivo desde que hubiera regresado de tierras remotas quince años atrás. Así se lo había prometido a la madre en su lecho de muerte, había jurado que nada malo les pasaría a sus hijos mientras estuvieran a su cargo. Y de momento, así había sido. Élendor se había ocupado de la formación de los hermanos, que además, durante los últimos años, habían aprendido el oficio de su familia. Habían trabajado el metal, habían adquirido así una increíble destreza en el manejo de las armas que ellos mismos forjaban. Vivían en la herrería de la ciudad, y todos los días se acercaban a la plaza para hacer compañía a su maestro, quien aprovechaba para instruirles y darles sabios consejos que asimilaban con entusiasmo.

El anciano pensaba a menudo en lo rápido que había pasado el tiempo. Los niños habían crecido y ya estaban a punto de hacerse hombres. Sin duda, serían unos grandes hombres: fuertes, sabios y con honor, como lo fue su padre y lo fueron los antiguos héroes de Crossos. Estaban preparados para convertirse en guardianes de su pueblo.

Élendor miró a los tres hermanos, mientras se sujetaba la capucha de su vieja túnica. El viento empezaba a azotar de forma implacable la parte más alta de la ciudad, donde estaba situada la plaza.

—¿Vosotros no os vais todavía a casa?

—No pensarás que vamos a dejarte aquí solo, ahora que empieza a oscurecer —dijo Gorgian.

—No os preocupéis. ¿Quién iba a robar a un pobre viejo que nada

tiene de valor?

—Seguro que hay cosas que valen más que el oro o la plata —contestó Yunma, mirando fijamente al anciano.

—Hay muchas cosas más valiosas que cualquier metal precioso que se pueda encontrar. Por ejemplo, vuestra fiel compañía.

Los tres jóvenes sonrieron casi a la vez. Sabían que Élendor sentía por ellos un cariño especial.

El anciano permaneció por unos instantes con la mirada fija en el infinito, con inquietantes pensamientos que desviaban su atención. La visión de los caballeros del Este atravesando la plaza a lomos de los herlais había pasado bastante inadvertida entre los habitantes, ocupados con sus quehaceres diarios. Pero él estaba convencido de que la llegada de aquellos hombres traería oscuros acontecimientos. La relación entre los reinos del Norte y del Este (Northam y Estham) había sido muy fría en los últimos años. Los reyes de ambos reinos se habían distanciado bastante, y sólo se comunicaban entre ellos a través de emisarios. Sin embargo, no eran emisarios precisamente quienes acababan de llegar a Crossos. Aquellos caballeros eran miembros de la guardia personal del rey de Estham. Además, entre los jinetes había uno muy especial: Siul, el menor de los hijos del rey. ¿Qué importantes asuntos habrían llevado al príncipe a cruzar los espesos bosques y las extensas montañas y desiertos que separaban ambos reinos?

Las palabras de Arthuriem le hicieron volver en sí.

—¿Ocurre algo, Élendor?

El anciano dudó por un momento. Quizá aquél no era el mejor momento para hablar con sus amigos sobre los temores que inquietaban su mente, así que decidió ocultar sus cavilaciones.

—No..., no ocurre nada. Supongo que estoy un poco cansado. Si no os vais todavía a vuestra casa, ¿os importaría acompañarme hasta la mía? No es que tenga miedo de quedarme solo, pero ya sabéis lo poco que me gusta estar por la calle cuando cae la noche.

Los tres hermanos no dudaron en seguir al anciano hasta su hogar, situado no muy lejos de la gran plaza. Aunque Élendor debería pagar un pequeño precio por ello.

—Termina de contarnos la historia —le dijo Yunma—. ¿Qué pasó con el *Rey bueno* y el príncipe Thandor?

Élendor, comenzando a andar, les relató el final de la batalla entre hombres y dragones.